

Cuadernos de Ideas 9

ISSN 0718-266X

Roger Chartier

**La historia entre relato y
conocimiento**

El concepto del lector moderno

Universidad Católica Silva Henríquez

Vice Gran Canciller
José Lino Yáñez Caiga, sdb

Rector
Sergio Torres Pinto

Vicerrector Académico
Jaime Labra Trincado

Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez

Consejo Editorial
Ana María Álvarez
Lucía Araya Venegas
Justino Gómez de Benito
Jaime Labra Trincado - Presidente
Manuel Loyola Tapia - Secretario Ejecutivo
Gonzalo Miranda Hiriart
Mario Silva Sthandier

Secretaria Ediciones UCSH
Oriana Saldivia

Dirección
General Jofré 462, Santiago
Teléfono: 56-2- 4601144 • Fax: 6345508
Correo electrónico: publicaciones@ucsh.cl
Web: www.edicionesucsh.cl - www.ucsh.cl

LA HISTORIA ENTRE RELATO Y CONOCIMIENTO
EL CONCEPTO DEL LECTOR MODERNO

© Ediciones UCSH

Primera Edición, diciembre 2006.
ISSN 0718-266X

Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa del editor.

Cuadernos de Ideas

9



ROGER CHARTIER

**La historia entre relato y
conocimiento**

El concepto del lector moderno

Cuadernos de Ideas

Es una iniciativa de divulgación de artículos, conferencias e intervenciones realizadas a instancias de la vida académica de la Universidad Católica Silva Henríquez. De contenidos temáticos variados, esta publicación busca aportar al público interesado perspectivas de opinión diversas, estimulando la reflexión y la lectura.

Los contenidos de Cuadernos de Ideas, son de exclusiva responsabilidad de los autores publicados, no comprometiendo necesariamente la posición oficial de esta Universidad.

Roger Chartier, prestigioso historiador francés, es Director de Estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, Director del Centro Alexandre Koyré y autor de numerosos libros, entre ellos (en versión española): El mundo como representación, Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna y El orden de los libros.

Agradecemos al profesor Chartier la autorización para la reproducción de los artículos que componen este Cuadernos de Ideas.

La historia entre relato y conocimiento*

Roger Chartier**

“**T**emps d’incertitude”, “epistemological crisis”, “tournant critique”, tales son los diagnósticos, en general sombríos, postulados en estos años respecto de la disciplina histórica. Para probarlo es suficiente recordar dos constataciones que han terminando abriendo la vía de una amplia reflexión. La primera, aquella que fue formulada en el editorial de marzo/abril de 1988 de la revista *Annales*, en donde se afirmaba lo siguiente: “Hoy en día parece llegado el tiempo de la incertidumbre. La reorganización de las ciencias sociales transforma el paisaje científico, pone en duda antiguas prioridades establecidas y afecta las formas tradicionales a través de las cuales circulaban las innovaciones. Los paradigmas dominantes, buscados hasta hace poco en el marxismo y en el estructuralismo, al igual que en los usos confiados de la cuantificación, pierden sus capacidades explicativas. [...] La disciplina histórica, que había establecido buena parte de su dinamismo sobre la base de cierta independencia y autonomía, no ha podido ahorrarse esta crisis general

* Roger Chartier, “L’Histoire entre récit et connaissance” [1994], in *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétudes*. Paris, Éditions Albin Michel, 1998. Traducción –al tiempo libre y literal, autorizada por Roger Chartier– de Renán Silva.

** Roger Chartier, conocido historiador francés, autor de numerosas obras sobre la Historia Cultural del Antiguo Régimen y la Modernidad temprana –algunas de ellas traducidas al castellano–, es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (Paris).

de las ciencias sociales”.¹

La segunda contatación, completamente diferente en sus razones pero semejante en sus conclusiones, es aquella postulada por David Harlan, en un artículo de la *American Historical Review*, que ha suscitado una discusión aun más enconada: “The return of literature has plunged historical studies into an extended epistemological crisis. It has questioned our belief in a fixed and determinable past, compromised the possibility of historical representation, and undermined our ability to locate ourselves in time”.²

¿Qué indican tales diagnósticos que parecen tener algo de paradójal, pues son propuestos en el momento mismo en que el la edición de textos de historia demuestra una gran vitalidad y una sostenida capacidad inventiva, lo que se traduce en la continuación de las grandes obras colectivas de ayer, en el lanzamiento de colecciones de libros de historia que circulan a nivel europeo, en el crecimiento de las traducciones y en el eco intelectual que encuentran las grandes obras de la disciplina? Me parece que los citados diagnósticos designan una gran mutación que consiste en la desaparición de los modelos de comprensión y de los principios de inteligibilidad que habían sido comunmente aceptados por los historiadores (al menos por la mayor parte de ellos) desde los años sesenta.

Disciplina en pleno ascenso en los años sesenta, la historia reposaba en ese momento sobre dos grandes exigencias. En primer lugar la aplicación al estudio de las sociedades antiguas y contemporáneas del paradigma estructuralista, ya fuera abiertamente reivindicado o implícitamente practicado. Se trataba

1 “Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique?”, in *Annales E.S.C.*, pp. 291-293. La cita en pp. 292-293.

2 David Harlan, “Intellectual History and return of Literature”, in *American Historical Review*, junio, 1994, pp. 879-907. La cita en p.881. (“El retorno a la literatura ha sumido a la historia en una grave crisis epistemológica. Tal retorno ha puesto en cuestión nuestra creencia en un pasado fijo y determinado, ha comprometido la propia posibilidad de la representación histórica, y ha minado nuestra capacidad de situarnos en el tiempo”).

ante todo de identificar las estructuras y las relaciones que, independientemente de las percepciones y de las intenciones de los individuos, dirigen los mecanismos económicos, organizaban las relaciones sociales y engendraban las formas del discurso. De ahí la afirmación de una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico y la consciencia subjetiva de los actores. En segundo lugar, segunda exigencia, se trataba de someter la disciplina histórica a los procedimientos del número y la serie, o para mejor decirlo, inscribirla en un paradigma del saber que Carlo Ginzburg en un célebre artículo³ ha designado como “galileano”. Se trataba, gracias a la cuantificación de los fenómenos, de la construcción de series y al tratamiento estadístico, de formular rigurosamente las relaciones estructurales que eran el objeto mismo de la disciplina. Cambiando de lugar la fórmula de Galileo en *Il Saggiatore*, el historiador suponía que el mundo social “estaba escrito en lenguaje matemático” y que su labor era la de poder establecer con claridad las leyes correspondientes.

Los efectos de esta doble revolución –estructuralista y “galileana”– del conocimiento histórico no han dejado de ser notables. Gracias a tal mutación la disciplina ha podido volver a conectarse con la ambición que había fundado a principios de siglo la ciencia social, en particular en su versión sociológica y durkheimiana, es decir, tratar de identificar las estructuras y regularidades, para formular relaciones generales. Al mismo tiempo la disciplina histórica se liberaba de una “bien pobre idea de lo real” –la expresión es de Michel Foucault– que durante largo tiempo la había dominado, puesto que anteriormente ella asumía que los sistemas de relaciones que organizan el mundo social son tan “reales” como los datos materiales, físicos y corporales, cogidos en la inmediatez de la experiencia sensible. Liberada de cierto pasado, esta “Nueva Historia” estaba pues fuertemente inspirada, más allá de la diversidad de sus objetos, de los territorios y de las maneras que le son propias, sobre los mismos principios

3 Carlo Ginzburg, “Spie. Radici di un paradigma indiziario”, in *Miti, emblemi, spie. Morphologia e storia*. Turín, Einaudi, 1986, pp. 158-209.

que soportaban las ambiciones y las conquistas de las demás ciencias sociales.

Las certidumbres rotas

Son esas certidumbres amplia y largamente compartidas las que han perdido su firmeza, y esto por múltiples razones. En primer lugar, sensibles a los nuevos enfoques sociológicos y antropológicos, los historiadores han querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales. A partir de ese hecho se producen entonces algunos desplazamientos fundamentales: de las estructuras a las redes, de los sistemas de posiciones a las situaciones vividas, de las normas colectivas a las estrategias singulares. Primero en Italia y luego en España⁴, la “micro-historia” ha dado los ejemplos más notables de esta transformación en las formas de hacer historiográficas, formas que ahora parecen inspirarse en los modelos interaccionistas y etnometodológicos. Radicalmente diferenciada de la monografía tradicional, cada “*microstoria*” entiende reconstruir, a partir de una situación particular, normal en tanto que excepcional, la manera a través de la cual los individuos producen el mundo social, por sus alianzas y sus enfrentamientos, a través de las dependencias que los vinculan o de los conflictos que los oponen. El objeto de la disciplina histórica no es pues, o ya no lo debe ser, aquel de las estructuras y los mecanismos que organizan, por fuera de toda intervención subjetiva, las relaciones sociales, sino más bien aquel de las racionalidades y las estrategias que ponen en marcha las comunidades, las parentelas, las familias, los individuos.

De esta manera se ha afirmado una forma inédita de historia social y cultural, centrada ahora sobre las distancias y las discordancias existentes, de una parte entre los sistemas de

4 Giovanni LEVI, *L' Eredità immateriale, Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*. Turin, Einaudi, 1985; Jaime CONTRERAS, *Sotos contra Riquelmes. Regidores, Inquisidores, Criptojudíos*. Madrid, Anaya/Mario Muchnick, 1992.

normas de la sociedad, y, de otra parte, dentro de cada uno de tales sistemas. La mirada se ha trasladado pues de las reglas impuestas a los usos creativos; de las conductas obligadas a las decisiones permitidas por los recursos propios de cada uno: su poder social, su potencial económico, su acceso a la información. Habituada antes a dibujar jerarquías y a reconstruir colectivos (categorías socioprofesionales, clases, grupos) la historia de la sociedad se propone ahora interrogar nuevos objetos, estudiarlos en pequeña escala, como en el caso de la biografía, puesto que, como lo ha escrito Giovanni Levi, “Ningún sistema normativo es, de hecho, lo suficientemente estructurado para eliminar toda posibilidad de elección, de manipulación o de interpretación de las reglas, de negociación. Me parece que la biografía constituye pues, a justo título, el lugar ideal para verificar el carácter intersticial –y sin embargo central– de la libertad de la cual disponen los agentes, así como para observar el funcionamiento concreto de los sistemas normativos que jamás están exentos de contradicciones”.⁵

De la misma manera en el caso de la reconstrucción de procesos dinámicos (negociaciones, transacciones, intercambios, conflictos) que dibujan de manera móvil e inestable las relaciones sociales, al mismo tiempo que recortan los espacios abiertos a las estrategias individuales. Jaime Contreras lo ha expresado con exactitud en un libro reciente titulado *Sotos contra Riquelmes*: “Los grupos no anulaban a los individuos, y la objetividad de las fuerzas de aquellos no impedía ejercer una trayectoria personal. Las familias [...] desplegaron sus estrategias para ampliar sus esferas de solidaridad y de influencia, pero cada uno de sus miembros individualmente también jugaron su papel. Si el llamado de la sangre y el peso de los linajes eran intensos, también lo eran el deseo y las posibilidades de crear espacios personales. En aquel drama que creó el fantasma de la herejía -una ‘creación’ personal de un inquisidor ambicioso- se jugaron,

5 Giovanni LEVI, “Les usages de la biographie”, in *Annales. E.S.C.*, 1989, pp. 1325-1336. La cita en pp. 1333-1334.

en dura disputa, intereses colectivos y aun concepciones diferentes del mundo, pero también cada individuo pudo reaccionar personalmente a partir de la trama de su propia historia”.⁶

Una segunda razón más profunda ha quebrado las viejas certezas: la toma de conciencia por parte de los historiadores de que su discurso, cualquiera que sea su forma, es siempre un relato. Las reflexiones pioneras de Michel de Certeau⁷, a continuación el gran libro de Paul Ricoeur⁸ y más recientemente la aplicación al campo de trabajo del historiador de una “poética del saber” que tiene por objeto, según la definición de Jacques Ranciere, “el conjunto de los procedimientos literarios por los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un status de ciencia y lo significa”⁹, han obligado a los historiadores, quieranlo o no, a reconocer la pertenencia del conocimiento histórico al género del relato –entendido este en sentido aristotélico, “como puesta en escena de las acciones representadas”.***

La nueva proposición no dejaba de tener consecuencias importantes para todos aquellos que, rechazando la vieja historia limitada al análisis del acontecimiento y colocándose al lado de una historia estructural y cuantitativa, pensaban haber terminado con el problema de la narración, y con la muy larga y dudosa vecindad entre el relato construido por los historiadores y la fábula, formas entre las que se suponía que se había producido una ruptura ya bien establecida, pues al lugar ocupado antes por los personajes y los héroes de los antiguos relatos la “Nueva Historia” había sustituido entidades anónimas y abstractas, como al tiempo espontáneo de la consciencia se había opuesto una temporalidad construida, jerarquizada, articulada, y al carácter pretendidamente auto-explicativo de la narración se había enfrentado la capacidad explicativa de un conocimiento

6 Jaime CONTRERAS, *Sotos contra Riquelmes*, op. cit., p. 30.

7 Michel de CERTEAU, *L'Écriture de l'histoire*. Paris, Gallimard, 1975.

8 Paul RICOEUR, *Temps et récit*. Paris, Editions du Seuil, 1983-1985.

9 Jacques RANCIERE, *Les Mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*. Paris, Editions du Seuil, 1992, p. 21. *** Cf. ARISTÓTELES, *Obras*. Madrid, Aguilar, 1964, particularmente “Poética”, p. 77 y ss., y “Retórica”, p. 116 y ss. -N. del T.

controlable y verificable.

En *Temps et récit*, Paul Ricoeur ha mostrado cuanto de ilusorio había en esta ruptura proclamada. En efecto, toda obra de historia, incluso la menos narrativa, y aun la más estructural, está siempre construida a partir de las fórmulas que gobiernan la producción de relatos. Las entidades que manejan los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son en realidad “cuasi-personajes”, dotados implícitamente de propiedades, que resultan ser aquellas de los héroes singulares y de los personajes ordinarios que componen las colectividades que los historiadores designan con categorías abstractas. Pero además, las temporalidades históricas mantienen una fuerte dependencia por relación con el tiempo subjetivo. En páginas brillantes, Ricoeur ha mostrado cómo *La Méditerranée au temps de Philippe II*, de Braudel, reposa, en el fondo, sobre una analogía entre el tiempo del mar y el tiempo del rey, y cómo la larga duración es una modalidad particular, derivada, de la puesta en acto el acontecimiento. Lo que quiere decir, en resumen, que los procedimientos explicativos puestos en marcha por el historiador permanecen fuertemente solidarios de una lógica de imputación causal singular, es decir, de un conocido modelo de comprensión que, en lo cotidiano o en la ficción, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos.

Un análisis de esta naturaleza, que inscribe lo que fabrica la investigación histórica dentro de la categoría de los relatos y que identifica los parentescos fundamentales que *unen* todos los los relatos, ya pertezcan estos al género histórico o a la ficción, tiene múltiples consecuencias. La primera es aquella que permite considerar como un problema mal planteado el debate realizado alrededor de un supuesto “retorno del relato” que, para algunos, habría caracterizado la investigación histórica en años recientes. ¿Cómo, en efecto, podría haber un “retorno” cuando no ha existido partida ni abandono? La mutación existe, es verdad, pero es de otro orden, y tiene que ver con la preferencia recientemente acordada a ciertas formas de relato frente a otras consideradas más clásicas. Por ejemplo, los relatos biográficos entrecruzados

que postula la microhistoria no ponen en acción ni las mismas figuras ni las mismas construcciones que los grandes “relatos” estructurales de la historia global, o que los relatos estadísticos de la historia serial.

De ahí se desprende una segunda proposición: la necesidad de retener las propiedades específicas del relato histórico por relación con cualquiera otra clase de relatos. Tales propiedades apuntan, en principio, a la organización de un discurso que incluye (como lo escribe Michel de Certeau) dentro de él mismo, bajo la forma de citas que son otros tantos *efectos de realidad*, los materiales que lo fundan, pero de los cuales al mismo tiempo se espera producir su comprensión. Apuntan también tales propiedades a los “procedimientos de acreditación” específicos gracias a los cuales la obra de historia muestra y garantiza su status de conocimiento verdadero. De esta manera, todo un conjunto de trabajos se ha aplicado a examinar las formas a través de las cuales se produce el propio discurso de la historia. Algunos de tales trabajos han buscado establecer taxonomías y tipologías universales, mientras que otros han intentado reconocer diferencias localizadas e individuales.

Dentro del primer grupo de intentos que mencionamos se puede colocar la tentativa de Hayden White, que intenta identificar las figuras retóricas que organizan todos los modos posibles de narración —es decir los cuatro tropos clásicos: la metáfora, la metonimia, el sinécdoque y —con un status particular, “metatropológico”— la ironía.¹⁰ Se trata de una búsqueda de “constantes”, constantes antropológicas (aquellas que gobiernan la experiencia) y constantes formales (aquellas que gobiernan algunos modos de representación y de narración de las experiencias históricas)—, lo que a su vez ha conducido a Reinhart Koselleck

10 Hayden WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore et Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973; *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*. Baltimore et Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978, y *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Imagination*. Baltimore et Londres, The Johns Hopkins University Press, 1987.

a disitnguir tres tipos de escritura histórica: la historia notación (*Aufschreiben*), la historia acumulativa (*Fortschreiben*) y la historia reescritura (*Umschreiben*).¹¹

Dentro del segundo grupo, aquel de una poética del saber sensible a las distancias y a las diferencias, a las localizaciones particulares, se pueden colocar aquellos trabajos que, como el libro reciente de Philippe Carrard: *Poetics Of the New History*¹², muestran cómo diferentes historiadores, miembros de una misma “escuela” o de un mismo grupo, movilizan de manera diferente las figuras de la enunciación, la proyección o la desaparición del *yo* en el discurso del saber, el sistema de los tiempos verbales, la personificación de las entidades abstractas, las modalidades de la prueba: citas, tablas, gráficos, series cuantitativas, etc.

Desafíos contrapuestos

Sacudida de esta manera de sus certidumbres al parecer mejor establecidas, la disciplina histórica se ha visto confrontada a múltiples desafíos. El primero, lanzado bajo formas diferentes –incluso contradictorias– de los dos lados del Atlántico, pretende romper con toda ligazón entre la historia y las ciencias sociales. En los Estados Unidos el asalto ha tomado la forma del “linguistic turn” que, en estricta ortodoxia saussuriana, toma el lenguaje como un sistema cerrado de signos, cuyas relaciones producen ellas mismas la significación. La construcción del sentido es así separada de toda intención o de todo control subjetivos, puesto que ella se encuentra determinada por un funcionamiento lingüístico automático e impersonal. De esta manera la realidad ya no está para ser pensada como una re-

11 Reinhart KOSELLECK, “Mutation de l’expérience et changement de méthode. Esquisse historicoanthropologique”, in R. KOSELLECK, *L’Expérience de l’histoire*. Paris, Gallimard-Le Seuil, 1997, pp. 201-247.

12 Philippe CARRARD, *Poetics of the New History. French Historical Discourse de Braudel to Chartier*. Baltimore et Londres, The Johns Hopkins University Press, 1992.

ferencia objetiva, exterior al discurso, sino como constituida por y en el lenguaje. John Toews ha claramente caracterizado, sin compartirla, esta posición radical para la cual “the language is conceived of a self-contained system of ‘signs’ whose meanings are determined by their relations to each other, rather than by their relation to some ‘trascendental’ or extralinguistic object or subject”¹³, –una posición que considera que “the creation of meaning is impersonal operating ‘behind the backs’ of language users whose linguistic actions can merely exemplify the rules and procedures of languages they inhabit but do not control”.¹⁴

Es fácil pensar entonces que las más simples y habituales operaciones del trabajo historiográfico pierden su objeto, comenzando por las distinciones fundadoras entre texto y contexto, entre realidades sociales y realidades simbólicas, entre discursos y prácticas no discursivas. De donde se desprende, por ejemplo, el doble postulado de Keith Baker, quien aplica el “linguistic turn” al problema de los orígenes de la Revolución francesa: de un lado, los intereses sociales no tienen ninguna exterioridad por relación con los discursos, puesto que ellos constituyen “a symbolic and political construction” y no “a preexisting reality”; y de otro lado, todas las prácticas deben ser comprendidas en el orden del discurso, pues “claims to delimit the field of discourse in relation to nondiscursive social realities that lie beyond it invariably point to a domain of action that is itself discursively constituted, they distinguish, in effect, between different discursive practices –different language games– rather than between

13 John E. TOEWS, “Intellectual History after Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience”, in *American Historical Review*, 92, octubre, 1987, pp. 879-907. (“el lenguaje es concebido como un sistema autosuficiente de ‘signos’ cuyas significaciones son determinadas por sus relaciones recíprocas antes antes que por su relación con un objeto o sujeto ‘trascendental’ o extralingüístico”).

14 Idem. (la creación de sentido es impersonal, operando a ‘la espalda’ de los utilizadores del lenguaje, cuyos actos lingüísticos solamente ejemplifican las reglas y procedimientos de lenguajes que habitan a los hombres, pero que ellos no controlan”).

discursive and non discursive phenomena”.¹⁵

Del lado francés, el desafío, tal como se le ha visto cristalizar en torno a los debates comprometidos alrededor de la Revolución Francesa, ha tomado un camino inverso. Lejos de postular el carácter autónomo de la producción de sentido, más allá o más acá de las voluntades individuales, el acento ha sido puesto sobre la libertad del sujeto, sobre la parte reflexionada de la acción, sobre las construcciones conceptuales. De golpe, se ven cuestionados los procedimientos clásicos de la historia social, que apuntaban a identificar las determinaciones “no sabidas” que comandaban los pensamientos y las conductas. De golpe se encuentra afirmada la primacía de lo político, entendido como el nivel más englobante y revelador de cualquier sociedad. Ese es el lazo, la ligazón que Marcel Gauchet ha colocado en el centro del reciente cambio de paradigma que él cree observar en las ciencias sociales: “Eso que parece dibujarse en la problematización de la originalidad occidental moderna, es el trazado de una historia total, según dos ejes: por acceso, a través de lo político, a una nueva clave para la comprensión de la totalidad; y por absorción, en función de la nueva apertura mencionada, de la parte reflexionada de la acción humana, de las filosofías más elaboradas a los sistemas de representación más difusos”.¹⁶

Los historiadores (y yo soy uno de ellos) para quienes permanece como esencial la pertenencia de la historia a las ciencias sociales, han intentado responder a esta doble y a veces ruda interpelación. Contra las formulaciones del “*linguistic turn*” o del “*semiotic challenge*” –según la expresión de Gabrielle Spiegel¹⁷–,

15 Keith Michel BAKER, *Inventing the French Revolution. : Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 9 y 5. (“las pretensiones de delimitar el campo discursivo por relación con las realidades sociales no discursivas que existirían más allá de él, infaliblemente designan un dominio de acción que está él mismo discursivamente constituido: se puede distinguir, en efecto, entre diferentes prácticas discursivas –diferentes juegos de lenguaje– más que entre los fenómenos discursivos y no discursivos”).

16 Marcel GAUCHET, “Changement de paradigme en sciences sociales?”, in *Le Débat*, 50, 1988, , pp. 165-170. La cita en p. 169.

los historiadores mantienen la idea de la ilegitimidad de toda reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que organizan el discurso. Reconocer que el pasado por lo general no es accesible más que a través de los textos que lo organizan, lo modelan y lo representan, no quiere decir de ninguna manera postular la identidad entre estas dos lógicas: de un lado la lógica logocéntrica y hermenéutica que gobierna la producción de los discursos; de otro lado, la lógica práctica que organiza las conductas y las acciones: De esta irreductibilidad de la experiencia al discurso todo trabajo histórico debe tomar nota, guardándose de un uso incontrolado de la noción de “texto”, noción aplicada regularmente de manera indebida a las prácticas (ordinarias o ritualizadas), cuyos procedimientos no son en absoluto semejantes a las estrategias discursivas. Mantener esta distinción es la única forma eficaz de evitar el “presentar como principio de la práctica de los agentes la teoría que se debe construir para dar razón de ella”, para citar la fórmula de Pierre Bourdieu.¹⁸

Se debe también constatar, de otra parte, que la construcción de los intereses por los discursos es ella también una práctica socialmente determinada, delimitada por los recursos desigualmente distribuidos (de lenguaje, conceptuales, materiales) de que disponen aquellos que participan en tal construcción. Esa construcción discursiva reenvía pues, necesariamente, a las posiciones y propiedades sociales objetivas, exteriores al discurso, que caracterizan a los diversos grupos, comunidades o clases que constituyen el mundo social.

En consecuencia, el objeto fundamental de una historia que intente comprender la manera a través de la cual los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos, me parece que reside, de una parte, en la tensión entre las capa-

17 Gabrielle M. Spiegel, “History, Historicism, and the Social Logic of Text in the Middle Ages”, in *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, 65, enero, 1990, pp. 59-86. La cita en p. 60.

18 Pierre BOURDIEU, *Choses dites*. Paris, Editions de Minuit, 1987, p. 76.

ciudades inventivas de los individuos o de las comunidades, y, de otra parte, las presiones, las normas, las convenciones que limitan –de manera más o menos fuerte según las posiciones en las relaciones de dominación– aquello que es posible pensar, enunciar y hacer. Este presupuesto vale para una historia de las grandes obras y las producciones estéticas, siempre inscritas en el campo de las posibilidades que las vuelven pensables, comunicables y comprensibles, –y en esto no se puede estar más que de acuerdo con Stephen Greenblatt cuando afirma que “the work of arts is the product of a negotiation between a creator or a class of creators, and the institutions and practices of society”.¹⁹ Pero la afirmación vale también para una historia de las prácticas, que son también invenciones de sentido delimitadas por múltiples determinaciones que definen, para cada comunidad, los comportamientos legítimos y las normas incorporadas.

Contra el “retorno de lo político”, pensado en una radical autonomía, parece necesario colocar en el centro del trabajo de los historiadores las relaciones complejas y variables anudadas entre los modos de organización y de ejercicio del poder político en una sociedad dada, y las configuraciones sociales que vuelven posibles esas formas políticas y son engendradas por ellas. Es así como la construcción del Estado absolutista supuso una fuerte y previa diferenciación de las funciones sociales, al mismo tiempo que exigió la perpetuación (gracias a diversos dispositivos de los cuales el más importante fue la *sociedad de corte*) del equilibrio de las tensiones existentes entre los grupos sociales dominantes y rivales.

Contra el retorno a la filosofía del sujeto que acompaña o funda el retorno de lo político, la historia, entendida como ciencia social, afirma que los individuos se encuentran siempre ligados por lazos de dependencia recíprocos, percibidos o invisibles,

19 Stephen GREENBLET, “Towards a poetics of Culture”, in *The New Historicism*, bajo la dirección de H.A. VEESER. New York et Londres, Routledge, 1989, pp. 1-14. La cita en p. 12. (“la obra de arte es el producto de una negociación entre un creador o una clase de creadores, y las instituciones y prácticas de la sociedad”).

que modelan y estructuran su personalidad, y que definen, en modalidades sucesivas, las formas de la afectividad y de la racionalidad. Se comprende así la importancia acordada hoy por muchísimos historiadores a una obra por largo tiempo ignorada, la obra de Norbert Elias, cuyo proyecto fundamental es justamente el de asociar, en la larga duración, la construcción del Estado moderno, las modalidades de interdependencia social y las figuras de la economía psíquica.²⁰

El trabajo de Elias permite en particular articular los dos sentidos que siempre se han mezclado en el uso del término cultura, tal como lo manejan los historiadores. El primero designa las obras y los gestos que, en una sociedad dada, dependen del juicio estético o intelectual. El segundo apunta a las prácticas corrientes, “sin calidades”, que tejen la trama de las relaciones cotidianas y expresan las maneras a través de las cuales una comunidad vive y reflexiona su relación con el mundo y con el pasado. Pensar históricamente las formas y las prácticas culturales es pues, necesariamente, elucidar las relaciones sostenidas por estas dos realidades.

Las obras no tienen un sentido estable, universal, fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en la negociación entre una proposición y una recepción, en el reencuentro entre las dos formas y los motivos que les dan su estructura, y las competencias y expectativas de los públicos que se apoderan de ellas. Ciertamente, los creadores, las autoridades o los “clerics” (sean estos o no lo sean miembros de la Iglesia), aspiran siempre a fijar el sentido y a enunciar la correcta

20 Sobre la obra de Norbert Elias puede verse *Materialen zu Norbert Elias Zivilisationstheorie*, bajo la dirección de P. Gleichmann, J. Goudsblom y H. Horte. Franckfort-sur-le-Main, Suhrkamp, 2 vols., 1977-1984; Hermann Korte, *Über Norbert Elias*. Franckfort-sur-le-Main, Suhrkamp, 1988, Stephen Mennell, *Norbert Elias: Civilization and the Human Self-Image*. Oxford, Basil Blackwell, 1989, y Roger Chartier, “Formation sociale et économie psychique: la société de cour dans le proces de civilisation”, Préface a Norbert Elias, *La société de Cour*. Paris, Flammarion, 1985, pp. i-xxviii, y “Conscience de soi et lien social”, Avant-propos, in Norbert Elias, *La société des individus*. Paris, Fayard, 1991, pp. 7-29.

interpretación que debe presidir la lectura (o la mirada). Pero también siempre, la recepción inventa, desplaza, distorsiona. Producidas en una esfera específica, en un campo que tiene sus reglas, sus convenciones, sus jerarquías, las obras escapan y toman densidad peregrinando, a veces en la larga duración, a través del mundo social. Descifradas a partir de esquemas mentales y afectivos que constituyen la cultura propia (en el sentido antropológico) de las comunidades que las reciben, tales obras se constituyen también, en retorno, en un recurso para pensar lo esencial: la construcción del lazo social, la consciencia de sí, la relación con lo sagrado.

Inversamente, todo gesto creador inscribe en sus formas y en sus temas una relación con las estructuras fundamentales que, en un momento y en un lugar dados, modelan la distribución del poder, la organización de la sociedad, la economía de la personalidad. Pensando –y pensándose a sí mismo como un *demiurgo*–, el artista, el filósofo, el sabio, crea sin embargo dentro de la determinación. Determinación por relación con las reglas (de patronazgo, de mecenazgo, de mercado, etc.) que definen su condición. Determinaciones más fundamentales aun por relación con las normas y presiones ignoradas que habitan cada obra y que hacen que ella sea concebible, transmisible, comprensible. Eso que todo trabajo de historia cultural debe pensar es pues, indisolublemente, la *diferencia* por la cual todas las sociedades, bajo formas variables, han separado de lo cotidiano un dominio particular de la actividad humana, y las *dependencias* que inscriben de múltiples maneras la invención estética e intelectual en sus condiciones de posibilidad.

Luchas de representación y violencias simbólicas

Hay un desafío más que el trabajo histórico inspirado en las ciencias sociales no puede eludir. Se trata de la necesidad de sobrepasar el enfrentamiento estéril entre, de un lado, el estudio de las posiciones y de las relaciones, y, de otro lado, el análisis de las acciones y de las interacciones. Superar esta oposición

estéril entre una “física social” y una “fenomenología social” exige la construcción de nuevos espacios de investigación en los cuales la definición misma de los problemas obligue a inscribir los pensamientos claros, las intenciones individuales, las voluntades particulares, en los sistemas normativos colectivos que, a la vez, los vuelven posibles y los limitan.

Tal enfoque, del cual el primer rasgo es el de sacudir las fronteras canónicas entre las disciplinas, recuerda que las producciones intelectuales y estéticas, las representaciones mentales, las prácticas sociales, están siempre gobernadas por mecanismos y relaciones desconocidos por los sujetos mismos. Es a partir de tal perspectiva que hay que comprender la tarea de relectura histórica de los clásicos de las ciencias sociales. (Elias, pero también Durkheim, Mauss, Halbwachs) y la importancia reconquistada, a expensas de las nociones habituales de la historia de las mentalidades, de un concepto como el de *representación*.

Numerosos son los trabajos de historia que han recientemente manejado la noción de representación. Hay para esto dos razones. De una parte el retroceso de la violencia que caracteriza a las sociedades entre la Edad Media y el siglo XVIII, y que se deriva de la confiscación por parte del Estado (al menos tendencialmente) del monopolio sobre el empleo legítimo de la fuerza, lo que hace que los enfrentamientos sociales fundados sobre las confrontaciones directas, brutales, sangrientas, cedan cada vez más el lugar a luchas que tienen como armas y como centro de disputa los sistemas de representación. De otra parte, es del crédito acordado (o negado) al sentido que los propios sistemas de representación proponen de ellos mismos, y del que depende la autoridad de un poder o la fortaleza de un grupo. Es así como sobre el terreno de las representaciones del poder político, con Louis Marin²¹, sobre el terreno de la construcción de las identidades sociales o culturales, con Bronislaw Geremek²² y Carlo

21 Louis MARIN, *Le portrait du Roi*. Paris, Editions de Minuit, 1981, y *Des Pouvoirs de l'image*. Gloses. Paris, Editions du Seuil, 1993.

Ginzburg²³, se ha definido una historia de las modalidades del “hacer-creer” y de las formas de creencia, que es, ante todo, una historia de las relaciones de fuerza simbólicas, una historia de la aceptación o del rechazo por parte de los dominados de los principios inculcados, de las identidades impuestas que apuntaban a asegurar y a perpetuar su dominación.

Este problema se encuentra, por ejemplo, en el centro de una Historia de las Mujeres que conceda un lugar prioritario a los dispositivos de la violencia simbólica, sobre la cual escribe Pierre Bourdieu, que no alcanza su éxito sino en la medida en que los que la sufren contribuyen a su eficacia, que ella no surte sus efectos sino en la medida en que se está “predispuesto” a ella, por un aprendizaje previo que nos hace *reconocerla*.²⁴

Por largo tiempo la construcción de la identidad femenina ha tenido sus raíces en el proceso de interiorización por parte de las mujeres de normas enunciadas por los discursos masculinos. Un objeto mayor de una Historia de las Mujeres es, pues, el estudio de los dispositivos –desplegados sobre registros múltiples– que garantizan (o deben garantizar) que las mujeres *consientan* a las representaciones dominantes de la diferencia entre los sexos: la inferioridad jurídica, la inculcación escolar de los papeles sexuales, la división de espacios y tareas, la exclusión de la esfera pública, etc. Lejos de alejarse de lo real y de limitarse a indicar y de limitarse a indicar tan sólo las figuras del imaginario masculino, las representaciones de la inferioridad femenina, constantemente repetidas y mostradas, se inscriben en los pensamientos y en los cuerpos de los unas y de los otros. Pero tal incorporación de la dominación no excluye las posibles distancias y las manipulaciones que, a través de la apropiación

22 Bronislaw GEREMEK, *Inutiles au monde. Truands et misérables dans l'Europe moderne (1350-1600)*. Paris, Gallimard/Julliard, 1980, y *La Potence ou la Pieté. L'Europe et les pauvres du Moyen Age a nos jours*. Paris, Gallimard, 1987.

23 Carlo GINZBURG, *I Benandanti. Stregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*. Turin, Einaudi, 1966.

24 Pierre BOURDIEU, *La Noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps*. Paris, Editions de Minuit, 1989, p. 10.

femenina de los modelos y normas masculinos, transforman esos modelos en instrumento de resistencia y en afirmación de identidad, aunque tales representaciones fueran forjadas originalmente para asegurar la dependencia y la sumisión.

De esta manera reconocer los mecanismos, los límites y sobre todo los usos del consentimiento, resulta una buena estrategia para corregir en el análisis el privilegio por mucho tiempo acordado a las “víctimas contestatarias”, “activas constructoras de su destino”, por diferencia con las “mujeres pasivas”, “estimadas de manera cómoda y rápida como conformes con su condición”, hecho del que no se hace un problema, olvidando “justamente que la cuestión del consentimiento resulta central en la comprensión del funcionamiento de un sistema de poder, sea este social o sexual”.²⁵ Las fisuras que minan la dominación masculina no adquieren siempre la forma de espectaculares desgarrones, ni se expresan en toda ocasión por la irrupción de un discurso de rechazo o rebelión. Esas formas de resistencia aparecen frecuentemente en el interior del propio consentimiento y empleando el lenguaje de la dominación para fortalecer la insumisión.

Definir la dominación impuesta a las mujeres como una forma de violencia simbólica ayuda a comprender cómo la relación de dominación, que es una relación histórica y culturalmente construida, es presentada como una diferencia de naturaleza, y por lo tanto, como algo irreductible y universal. Lo esencial no es entonces oponer término a término, una definición biológica y una definición histórica de la oposición entre masculino/femenino, sino más bien identificar los discursos que enuncian y representan como “natural” (como biológica) la división social de tales papeles y funciones. La propia lectura *naturalista* de la distinción entre lo masculino y lo femenino es, por lo demás, una lectura históricamente fechada, ligada a la desaparición de las representaciones médicas de la similitud entre los sexos y a

25 Arlette FARGE, et Michelle PERROT, “Au-dela du regard des hommes”, *Le monde de débats*, No 2, noviembre 1992, pp. 20-21.

su reemplazo por el inventario indefinido de sus diferencias biológicas. Tal como lo constata Bruno Laqueur, a partir de finales del sigloXVIII al “discurso dominante que veía en los cuerpos de machos y hembras dos versiones jerárquicamente, verticalmente, ordenadas de un sólo y mismo sexo”, se suceden “una anatomía y una fisiología de la inconmensurabilidad”.²⁶ Inscrita en las prácticas y en los hechos, organizando la realidad y lo cotidiano, la diferencia entre los sexos es siempre construida por los discursos que la fundan, la legitiman. Pero esos discursos tienen sus raíces en las posiciones y en los intereses sociales que deben garantizar el sometimiento de las mujeres y la dominación de los hombres. La Historia de las Mujeres, formulada en los términos de una historia de la relación entre los sexos, ilustra bien el desafío mayor lanzado hoy en día a los historiadores: ligar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de los discursos.

Ficciones y falsificaciones****

Existe, en fin, un último desafío, que no es, desde luego, el menor. De la constatación, perfectamente bien fundada, según la cual toda historia, no importan cuál sea ella, es siempre un relato organizado a partir de figuras y de fórmulas que son las mismas que movilizan las narraciones de ficción, algunos autores han concluido en la anulación de toda distinción entre ficción y disciplina histórica, puesto que esta última no sería más que

26 Thomas LAQUEUR, *Making Sex: Body and gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, Mass., Harvard, University Press, 1990, pp. 20-21.

**** Debe observarse que, de manera muy particular, este párrafo recoge, sin menciones explícitas, un importante debate de finales de los años 80s en Francia, provocado por la aparición de la corriente “revisionista” de la historia del nazismo, la que sostenía que no había existido genocidio alguno, y que cuando se hablaba de ello se trataba más bien de un “relato de vencedores”, creado a partir del momento mismo de la victoria aliada y afirmado en los años posteriores. Uno de los grandes contradictores del grupo histórico revisionista -que desde luego existe también en Alemania y en menor medida en Inglaterra-, ha sido el gran helenista y luchador antifascista Pierre Vidal-Naquet, a quien R. Chartier citará renglones adelante. -N. del T.

“*fiction-making operation*”, según la expresión de Hayden White. El saber histórico no aporta un conocimiento sobre lo real más allá de lo que simplemente lo hace una novela, siendo por lo tanto puramente ilusorio querer clasificar y jerarquizar las obras de historia en función de criterios epistemológicos que indicarían su mayor o menor pertinencia para dar cuenta de esa realidad pasada de la que la historia hace su objeto: “*There has been a reluctance to considerer historical narratives as what they most manifestly are: verbal fictions, the contents of which are as much invented as found and the forms of which have more in common with their counterparts in literature than they have with those in the sciences*”.²⁷ Los únicos criterios que permiten una diferenciación de los discursos históricos, según esta perspectiva, le vienen de sus propiedades formales: “*A semiological approach to the study of the texts permits us [...] to shift hermeneutic interest from the content of the texts being investigated to their formal properties*”.²⁸

En contra de un enfoque de esta naturaleza, o de un tal “*shift*”, es necesario recordar que el objetivo de conocimiento es constitutivo de la propia intencionalidad histórica. Tal objetivo funda las operaciones específicas de la disciplina: la construcción y tratamiento de los datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de resultados, validación de las relaciones de adecuación entre el discurso de saber y su objeto.

Es obvio que, aunque el historiador escriba *dentro* de una forma “literaria”, no hace literatura, y esto por un doble orden de motivos. En primer lugar por su dependencia por relación con un archivo, es decir por relación con el pasado que ha dejado

27 Hayden WHITE, *Tropics of Discourse*, op. cit., p. 82. (“Ha habido reticencia a considerar las narraciones históricas como eso que ellas manifestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus equivalentes literarios que científicos”).

28 Idem, *The Content of Form*, op. cit., pp. 192-193. (“Tal estudio semiológico de los textos nos permite [...] desplazar el interés hermeneúutico del contenido de los textos que son objeto del análisis, hacia sus propiedades formales”).

su huella en el archivo. Como escribe Pierre Vidal-Naquet: “El historiador *escribe*, y esta escritura no es ni neutra ni transparente. Ella se modela sobre la base de formas literarias, incluso sobre las figuras de la retórica. [...] ¿Que el historiador, desde este punto de vista, haya perdido su inocencia, que admita ser el mismo tomado como objeto de interrogación, que él mismo se tome como tal objeto, quién puede lamentarlo? Pero queda de todas maneras el hecho de que si el discurso histórico no se apegara, a través de tantas intermediaciones como uno quiera, a aquello que llamamos, a falta de mejor palabra, lo *real*, permaneceríamos en el discurso, pero este discurso dejaría de ser histórico (en el sentido de perteneciente a la disciplina histórica)”.²⁹ Dependencia, a continuación, por relación con los criterios de científicidad y las operaciones técnicas que son distintivas del “oficio”. Reconocer tales variaciones (la historia de Braudel no es la misma que la de Michelet) no implica concluir que esas normas y criterios no existen, y que las únicas exigencias que conoce la escritura de obras de historia son aquellas que gobiernan la escritura de ficción.

Comprometidos a definir el régimen de científicidad propia de su disciplina, única condición que permite mantener la ambición de enunciar “*eso que ha sido*”, los historiadores han escogido varios caminos. Algunos de ellos se han aplicado al estudio de aquello que ha vuelto y vuelve posible aun la producción y la aceptación de lo “falso” en historia. Como lo han mostrado Anthony Grafton³⁰ y Julio Caro Baroja³¹, las relaciones son estrechas entre las falsificaciones y la filología, entre las reglas a las cuales deben someterse los “falsarios” y los progresos de la crítica documental. Por eso el trabajo de los historiadores sobre lo falso —que se cruza con aquel que adelantan los historiadores

29 Pierre VIDAL-NAQUET, *Les Assassins de la mémoire. Un Eichmann de papier et autres études sur le révisionisme*. Paris, Editions La Découverte, 1987, pp. 148-149.

30 Anthony GRAFTON, *Forgers and Critics: Creativity and Duplicity in Western Scholarship*. Princeton University Press, 1990.

31 Julio CARO BAROJA, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona, Seix-Barral, 1992.

de la ciencia en su propio dominio—, es una manera paradójica, irónica, de reafirmar la capacidad de la historia para establecer un saber verdadero. Gracias a sus técnicas propias, la disciplina es apta para reconocer “los falsos” (“les faux”) como tales, y por tanto para denunciar a los falsificadores. Es volviendo sobre sus desviaciones y perversiones que la disciplina histórica demuestra que el conocimiento que ella produce se inscribe en el orden del saber controlable y verificable, demostrando al tiempo que se encuentra armada para resistir a eso que Carlo Ginzburg ha llamado “la máquina de guerra del escepticismo”, que niega al saber histórico cualquier posibilidad de separar lo falso de lo verdadero.³²

Ello no quiere decir, sin embargo, que aun sea posible pensar el saber histórico que intenta instalarse en el orden de lo verdadero, dentro de las categorías del “paradigma galileano”, matemático y deductivo. El camino es pues forzosamente estrecho y difícil para quien quiere rechazar la reducción del trabajo en historia a una actividad literaria de simple curiosidad, libre y aleatoria, y oponerse al mismo tiempo a la definición de su cientificidad a partir de un modelo de conocimiento que corresponde al mundo físico. En un texto al cual siempre es necesario regresar, Michel de Certeau había formulado esta tensión fundamental de la disciplina. La historia es una práctica “científica”, productora de conocimientos, pero es también una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de normas y presiones que le son impuestas por su lugar social y por la institución del saber en donde se ejerce, y también por reglas que organizan su escritura. Todo lo cual puede enunciarse de manera inversa: la historia es un discurso que pone en acción construcciones, composiciones, figuras que son las mismas de toda escritura narrativa y también de la fábula. Pero es también una práctica que al mismo tiempo produce un cuerpo de enunciados “científicos”, si uno entiende por ello “la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas* que

32 Carlo GINZBURG, “Préface” a Lorenzo Valla, *La Donation de Constantin*. Paris, Les Belles Lettres, 1993, pp. ix-xxi. La cita en p. xi.

permite ‘controlar’ *operaciones* proporcionadas a la producción de objetos determinados”.³³

Con esas palabras lo que nos invita a pensar Michel de Certeau es precisamente lo propio de la comprensión histórica. ¿Bajo cuáles condiciones se pueden tener por coherentes, plausibles, explicativas, las relaciones instituidas entre, por una parte, los índices, las series, los enunciados que construye la operación historiográfica, y, de otra parte, la realidad referencial que se piensa “representar” adecuadamente? La respuesta no es fácil ni cómoda, pero es seguro en todo caso que el historiador tiene por tarea específica ofrecer un conocimiento apropiado, controlado, de esta “población de muertos –personajes, mentalidades, precios–”, que constituye su objeto. Abandonar este propósito de verdad –con toda seguridad desmesurado pero definitivamente fundador– sería dejar el campo libre a todas las falsificaciones y a todos los falsarios que, traicionando el conocimiento, hieren la memoria. Corresponde a los historiadores, cumpliendo con su oficio, permanecer vigilantes.

33 Michel de CERTEAU, “L’opération historiographique”, in *L’Ecriture de l’histoire*, op. cit., pp. 63-120.

El concepto del lector moderno

Este trabajo está dedicado a presentar cómo afectaron a los lectores de España las mutaciones que modificaron profundamente las relaciones con la cultura escrita en la Europa de la primera Edad Moderna.

Libros impresos, textos manuscritos

¿Se puede definir la “modernidad” de la lectura de los años 1480-1680 a partir de la circulación de los textos impresos? Es claro que con la imprenta se ampliaron a la vez el público de los lectores y la familiaridad con los libros. El librero condenado al infierno, en los *Sueños* de Quevedo, lo indica irónicamente: “yo y todos los libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos del latín, sabiendo ya con ellos los tontos, lo que encarecían en otros tiempos los sabios, que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán a Horacio en castellano en la caballeriza” (Arellano, 186). Facilitando la multiplicación de los ejemplares, las ediciones en pequeño formato, las traducciones en las lenguas vulgares, la imprenta aseguró la difusión de los textos clásicos y sabios más allá de los medios restringidos que solían leerlos en la cultura manuscrita.

Semejante divulgación de la cultura escrita otorgada por la imprenta, fundamentó el desprecio de la nueva técnica y de sus productos (Bouza, 1977). Duraderamente en los siglos XVI y XVII se opuso a la alabanza de la invención de Gutemberg, las quejas contra las corrupciones que había introducido. Tanto los autores fieles a un modelo aristocrático de la escritura como los eruditos de la “*Respublica litteratorum*” despreciaban el negocio de los libreros y la publicación impresa de los textos, porque según ellos, corrumpían a la vez la integridad de las obras, deformadas por los yerros y gazapos los componedores

y correctores ignorantes, la ética literaria, destruida por la codicia, la avidez y las piraterías de los editores, y, finalmente, el sentido mismo de los textos, comprados y leídos por lectores incapaces de entenderlos. Los aristócratas y los eruditos preferían la circulación manuscrita de las obras porque destinaba los textos sólo a los que podían apreciarlos o comprenderlos, y porque expresaba la ética de obligaciones recíprocas que caracterizaba tanto la urbanidad nobiliaria como las prácticas intelectuales eruditas.

No abandonó el lector moderno los manuscritos. En las casas aristocráticas, la advertencias y consejos que los nobles componían para sus hijos conservaron una forma manuscrita que, a la vez protegía su secreto o privacidad y permitía la incorporación de correcciones o adiciones. Pero más allá del ámbito nobiliario, la lectura de los textos manuscritos se mantuvo durante toda la primera Edad Moderna. El caso inglés propone una tipología de esta producción manuscrita que indica los géneros que fueron más que otros trasladados por copistas profesionales o simples lectores como por ejemplo los discursos, libelos o sátiras políticas, las obras poéticas reunidas en misceláneas, o las partituras (Love, Woudhuysen). Podemos pensar que la situación era idéntica en el mundo español de los siglos XVI y XVII y que la lectura moderna no significó el fin de la circulación de los manuscritos.

Lectura silenciosa, lectura en voz alta

La más espectacular de las mutaciones reside en los progresos de la lectura silenciosa que no supone la oralización del texto para los otros o para sí mismo. Ya antes de la invención de la imprenta, este modo de leer se había difundido en el mundo universitario medieval y escolástico, y después en las cortes y las aristocracias seculares (Alessio, Saenger). Durante los dos siglos de la primera modernidad, la práctica conquista lectores más numerosos, que no son lectores profesionales o cortesanos y a quienes les gustan las obras de ficción.

Diversos son los indicios de esta transformación de la práctica de lectura que supone que el lector pueda entender un texto sin necesariamente leerlo en voz alta. Por un lado, el verbo “leer” adquiere comúnmente el significado de leer silenciosamente. Cervantes casi siempre lo empleaba con este sentido y añadía un adverbio o una expresión (“leyendo en pronunciando”, “leyendo en voz clara”, “leyendo alto”) cuando evocaba una lectura oralizada (Frenk 1999). Por otro lado, es la percepción de los progresos de la lectura silenciosa la que refuerza la denuncia de los efectos peligrosos de la ficción tal como los denunciaban ya anteriormente la condena cristiana de los malos ejemplos y la referencia neoplatónica a la expulsión de los poetas de la República (Ife). Se consideraba que las fábulas, cuando estaban leídas silenciosamente, se apoderaban con una fuerza irrepresible de lectores maravillados y embelesados, que percibían el mundo imaginario desplegado por el texto literario como más real que la realidad misma. Cervantes ejemplificó este poder de la lectura silenciosa por su manera de inscribir el inverosímil *Coloquio de los perros* dentro del *Casamiento engañoso*. En efecto, Campuzano no lee en voz alta ni recita el *Diálogo de los perros* del Hospital de la Resurrección de Valladolid que oyó y trasladó, sino que propone a Peralta leerlo privadamente, silenciosamente, como si esta relación con la ficción permitiera más fácilmente la creencia en lo increíble: “Yo me recuesto –dijo el Alférez– en esta silla, en tanto que vuestra merced lee, si quiere, esos sueños o disparates” (Molho, 124).

Sin embargo la difusión más extendida de la lectura silenciosa no debe hacer olvidar la larga y profunda persistencia de las prácticas de las lecturas oralizadas en la España de los siglos XVI y XVII. Para ciertos autores, fieles al *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián Covarrubias (1611), que define “leer” como “pronunciar con palabras lo que por letras está escrito”, el verbo seguía significando leer en voz alta. Es el caso de Lope de Vega que precisaba el verbo cuando aludía a una lectura silenciosa –por ejemplo escribiendo “leer para sí” (Frenk, 1999)–.

Como práctica de la sociabilidad letrada, la lectura en voz alta se

apoderaba de todos los géneros literarios: no sólo los géneros poéticos en sus diversas formas, sino también las novelas caballerescas o pastoriles, los libros de historia, las epístolas o las obras teatrales (Frenk, 1977, 21-38). El prólogo de Fernando de Rojas y los versos de Alonso de Proaza, muestran claramente que el texto de la *Celestina* se dirigía a un lector que iba a leer la obra en voz alta para un público restringido de oyentes. Indica el autor: “Assí que quando diez personas se juntaren a oír esta comedia en quien sepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que aya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda?”, y precisa el “corrector de la impresión”: “Si amas y quieres a mucha atención / leyendo a Calisto mover los gentes, / cumple que sepas hablar entre dientes / a veces con gozo, esperança y pasión, / a veces ayrado con gran turbación; / Finge leyendo mil artes y modos; / Pregunta y responde por boca de todos, / llorando o ryendo en tiempo y sazón” (Severin, 80-81 y 345).

Numerosas son las circunstancias de la vida cortesana o aristocrática que movilizaban la lectura en voz alta (Bouza, 2000, 99-100). Así, las lecturas dirigidas al príncipe cuando comía o después de su cena; las lecturas religiosas hechas por el amo de casa para su familia o sus criados; las lecturas de los libros de caballerías entre madre y hija, tal como las recuerda Teresa de Jesús (Chicharro 123-124); o las lecturas para pasar tiempo, como ésta que propone don Juan a don Jerónimo, en el capítulo LIX de la Segunda Parte del *Quijote*: “Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha” (Rico, 1998, 1110).

La lectura en voz alta desempeñaba otro papel: transmitir los textos a los analfabetos que son numerosos en la España del Siglo de Oro, aunque los niveles de alfabetización en la Península no sean tan débiles como se ha afirmado durante mucho tiempo (Viñao Frago). Cervantes ficcionalizó semejante transmisión de los textos en el capítulo XXXII de la Primera parte del *Quijote*, donde el ventero Juan Palomeque evoca la lectura en

voz alta de dos novelas de caballería, *Don Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania*, y de una crónica, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba*: “cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas” (Rico, 1998, 369).

Se aseguraba así a los textos de ficción, una circulación más allá de los “lectores”, la lectura en voz alta era sin duda movilizadora de una manera aún más importante para los sacerdotes y los predicadores. Con la presentación de imágenes y la teatralización de la palabra viva, la lectura y el comentario de pasajes, tanto de las Escrituras como de libros de devoción, eran una de las estrategias esenciales de la misión católica. Es muy claro entonces, que la forma “moderna” de la lectura en silencio y en soledad, no borró inclusive para los letrados, las prácticas más antiguas que ligaban el texto y la voz.

La lectura docta

La primera Edad Moderna conoció una transformación importante de los hábitos de lectura de los doctos. Fernando Bouza esbozó una tipología de este nuevo modo de leer que hace hincapié en tres prácticas: confeccionar cuadernos o cartapacios de citas, hacer escolios manuscritos junto al texto impreso, elaborar sumas del contenido de los libros leídos (Bouza, 2000, 84-85). Todas estas maneras de leer se remiten a una misma técnica intelectual común: la técnica de los tópicos o lugares comunes.

Dos objetos fueron el soporte y el símbolo de esa manera de leer. El primero es la rueda de libro. Estaba ya presente en las bibliotecas medievales, pero los ingenieros del Renacimiento propusieron su perfeccionamiento gracias a los progresos de la mecánica. Movida por una serie de engranajes, la rueda de libros le permitía al lector hacer que simultáneamente aparecieran ante su vista los diferentes libros que estaban dispuestos en cada

uno de los pupitres del aparato. La lectura que autorizaba ese instrumento era una lectura de varios libros a la vez. El lector docto que la realizaba era un lector que confrontaba, comparaba y cotejaba los textos, que los leía para extraer de ellos citas y ejemplos, y que los anotaba al fin de recopilar los pasajes que retenían su atención.

Los cuadernos de tópicos recibían los fragmentos textuales así marginados. Se trataba, en primer lugar, de un instrumento pedagógico ya que cada estudiante debía copiar en unos cuadernillos, organizados por temas y tópicos, las citas que merecían una atención particular por su interés gramatical, su ejemplaridad estilística o su valor demostrativo. Es así que Lope de Vega indicó a su hijo, en la dedicatoria de su comedia *El verdadero amante*: “Si no os inclináredes a las letras humanas, de que tengáis pocos libros, y esos selectos, y que le saquéis las sentencias, sin dejar pasar cosas que leáis notable sin línea o margen” (Case, 104). Pero los cuadernos de lugares comunes acompañaban también todas las lecturas sabias. La abundancia de “sentencias” que contenían alimentaba el ideal retórico de la “*copia verborum ac rerum*”, necesaria para toda argumentación o composición tal como lo demuestran los “libros” de lugares comunes del siglo XVI, conservados por ejemplo los “*notata*” de Alvar Gómez de Castro, Pedro Velázquez o Juan Vázquez de Mármol (Bouza, 200, 84-85).

La lectura que caracterizaba la técnica de los tópicos tenía sus especialistas: aquellos lectores profesionales empleados por las familias aristocráticas para acompañar a sus hijos en las universidades, asumir las tareas de secretario o de “lector”, y componer los epítomes, compendios, y glosas que ayudaban a su amo en la lectura de los clásicos (Jardine y Grafton). Pero más allá de estos profesionales de la lectura, a menudo antiguos graduados universitarios, los libros de lugares comunes constituían un recurso compartido para cualquiera lectura letrada. Dos iniciativas de los editores lo demuestran. Por un lado, numerosas fueron las ediciones de obras teatrales o poéticas que indicaron con diversos dispositivos (bastardilla, comas inver-

tidas, estrellas, o pequeñas manos en las márgenes) los versos o la líneas que el lector debía destacar y eventualmente copiar (Hunter). Por otro lado, algunos editores publicaron antologías impresas de lugares comunes que circulaban en toda Europa y que permitían a los lectores conseguir fácilmente las citas que necesitaban para la composición de sus propios textos (Moss). Los repertorios de apotegmas (definidos por Covarrubias como “una sentencia breve dicha con espíritu y agudeza, por persona grave y de autoridad”) que recopilaban los dichos emitidos por los Antiguos o autores españoles canónicos, desempeñaban un papel semejante procurando a su lector las citas indispensables a una argumentación (Cuartero y Chevalier).

Lengua vulgar y lectura en latín

Otra definición del lector moderno podría vincularse con la lectura en lengua vulgar. En el *Diálogo de la lengua*, Valdés contesta así la pregunta de Coriolano en cuanto a los libros castellanos que deben leerse por su buen estilo: “Digo que, como sabéis, entre lo que está escrito en lengua castellana principalmente ay tres suertes de escrituras, unas en metro, otras en prosa, compuestas de su primer nacimiento en lengua castellana, agora sean, falsas, agora verdaderas; otras ay traduzidas de otras lenguas, espacialmente de la latina” (Barbolani, 239-240). Solamente cincuenta años después de la introducción de la imprenta en España, Juan de Valdés podía proponer una biblioteca de las mejores obras en lengua vernacular que contenía libros “romançados de latín” (el *Boecio de consolación*, el *Enquiridión*, algunos textos de devoción), traducciones del italiano (por ejemplo la del *Cortésano*, que sin embargo, Valdés pretendía no haber leído), los poetas castellanos del siglo XV, los libros de caballería, y *La Celestina*, de la cual Valdés dice: “Corregidas estas dos cosas (el uso de vocablos fuera de propósito y el abuso de vocablos “tan latinos que no se entienden en castellano”), soy de opinión que ningún libro ay escrito en castellano donde la lengua esta más natural, más propia ni más elegante” (Barbolani, 255). A este repertorio literario, Juan de Valdés añadía las coplas, ro-

mances, canciones y villancicos que se encuentran impresos en el *Cancionero general* “porque en aquellos refranes se vee muy bien la puridad de la lengua castellana” (Barbolani, 126).

Tanto la actividad editorial como el contenido de las bibliotecas particulares siguieron, pero con un notable retraso, los progresos de la escritura en lengua vulgar. Por un lado, los libros en latín mantuvieron su importancia en la producción libresca. Constituyeron entre 35 y 45% de los libros impresos en cada década en Valencia entre 1490 y 1536 y aún 52% entre 1545 y 1572 (Berger, 366); mientras que en Barcelona formaron el 60% de la producción editorial entre 1501 y 1509, entre 45% y 50% entre 1510 y 1529, y entre 25% y 35% para la décadas comprendidas entre 1530 y 1589, salvo entre 1560 y 1569, donde alcanzaron el 41% (Peña, 1996, 288). En ambas ciudades la castellanización de la producción progresa durante el siglo XVI a expensas, tanto del valenciano y del catalán, como del latín.

La conquista del castellano fue más precoz en Valencia, ya que es en la década de 1510, que los libros en castellano superaron a los que estaban en valenciano, y es en la década 1520, cuando compusieron entre el 50% y 66% de la producción. La conquista fue más lenta en Barcelona, donde es recién en la década 1560, cuando los libros en castellano, superaron a los que estaban en catalán, para lograr más del 60% recién a partir de 1580.

Por otro lado, en Barcelona por lo menos, las bibliotecas de las elites urbanas tradicionales, eclesiásticas pero también seculares, mostraron una resistencia aún más fuerte del latín que continúa siendo la lengua dominante en estas colecciones (Peña, 1997). La “modernidad” lingüística caracterizó ante todo las bibliotecas más modestas de los mercaderes y artesanos, dominadas por el catalán hasta el último tercio del siglo y, después, por el castellano. Esto no significa que en la Barcelona del siglo XVI no circulaban en una amplia escala textos impresos en lengua catalana, sino que estos textos pertenecían a los repertorios de los “papeles populares” sin valor económico que no registraban los notarios cuando hacían el inventario de los libros de un di-

funto: berceroles, franselms, isopets, goigs, llunaris, calendaris, cobles, etc. Es claro, sin embargo, que más duraderamente que lo sugiere la “biblioteca” en romance de Juan de Valdés, los textos en latín conservaron una importancia fundamental en la producción y la posesión de los libros.

En 1672 la bibliografía “nacional” de Nicolás Antonio, publicada en latín en Roma, borró la diferencia entre lengua antigua y lengua vulgar puesto que la obra mencionaba a todos los autores antiguos o contemporáneos que nacieron en una “patria” que pertenece –o perteneció– a la monarquía española y que escribieron en latín o en la lengua “popular” (Antonio). Un doble criterio organizaba entonces el monumento edificado a la gloria de las letras españolas por Nicolás Antonio: el criterio de la soberanía política –aún cuando no exista más como en el caso de los autores portugueses incluidos en la *Bibliotheca Hispana*– y el criterio de la lengua que condujo a acoger a autores extranjeros pero que redactaron sus escritos en “la lengua nacional de nuestro pueblo”. Escrita en latín pero con comentarios en castellano sobre las obras, procurando referencias a libros redactados en ambas lenguas, la *Bibliotheca Hispana* reivindicaba y alababa un patrimonio literario “nacional” cuya excelencia estaba presentada a la Europa letrada como contrapunto a la decadencia de la monarquía católica (Géal).

La obra de Nicolás Antonio debe ubicarse en un doble contexto. En primer lugar, es un ejemplo tardío del género de las bibliografías que a partir de finales del siglo XV habían publicado sea un catálogo de los autores nacidos en un mismo territorio “nacional”, como por ejemplo en los libros de Johnan Trithem para Alemania (1495) o John Bale para Gran Bretaña (1548), o bien un catálogo de los autores que escribieron en la lengua vulgar: así la *Libraria* de Anton Francesco Doni (1550), la *Bibliothèque* de François de La Croix du Maine (1584) o la *Bibliothèque d'Antoine Du Verdier* (1585) (Chartier, 76-89). En España, semejante proyecto había conducido a la publicación de dos “bibliotecas” que la obra de Nicolás Antonio querría armonizar: la *Hispaniae Bibliothecae* de Andreas Schott (alias Peregrinus), publicada en Francfurt en

1608 escrita en latín y dominada por las obras en esta lengua, y el *Epítome de una Biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica* de Antonio León Pinelo, editado en Madrid en 1629, que traducía al castellano los títulos de obras escritas en cuarenta y cuatro lenguas tanto en la Península como en las Indias.

La *Bibliotheca Hispana* se sitúa también en el marco de los nuevos instrumentos propuestos a los lectores para que puedan ordenar y componer sus bibliotecas: los repertorios de autores y títulos tal como los libros de Schott o Pinelo, los catálogos de bibliotecas ilustres que circulaban en ediciones impresas (por ejemplo en el caso de las bibliotecas de Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, o de Gabriel Sora y Aguerri, obispo de Albarracín, cuyos catálogos fueron editados en 1586 y 1618), y, finalmente, los métodos para organizar cualquier colección de libros, real o posible. En España, el primer ejemplo impreso de tal libro es el *De bene disponenda bibliotheca* publicado por Francisco de Araoz en Madrid en 1631 (Solís de los Santos). Impreso en 8º “para poder tenerse más fácilmente a mano y llevarse con la suficiente comodidad por donde se quiera mientras se trabaja en la formación de bibliotecas”, el libro de Francisco de Araoz distribuía entre quince categorías los títulos de los libros que sin establecer un repertorio cerrado procuraban ejemplos para la constitución de una colección de libros “dignos de ubicación, estudio y ponderación” (Solís de los Santos, 106 y 116).

Estos instrumentos intentaban responder a dos ansiedades contradictorias frente a la cultura escrita. La primera era el temor de la pérdida, de la desaparición. Fundamentó en el Renacimiento la búsqueda de los textos antiguos, la copia y la impresión de los manuscritos, la constitución de las bibliotecas regias o principescas que, como la Laurentina, debían abarcar todos los saberes y encerrar dentro de sus muros y apartados (sesenta y cuatro en la biblioteca del Escorial) el universo mismo (Bouza, 1998, 168-185). Pero la acumulación de los libros antiguos y la multiplicación de los nuevos gracias a la imprenta produjeron otra inquietud: el miedo frente a un exceso indomable, a una abundancia caótica. Tanto en España como en otras partes de

Europa, los catálogos, cualquiera que sea su objeto (una colección particular, un repertorio de los autores de una “nación”, la propuesta de una biblioteca ideal) fueron instrumentos poderosos para establecer un orden moderno de los discursos.

Discreto lector y vulgo

La imprenta sustituyó a las audiencias separadas y especializadas de la edad del manuscrito por un nuevo público, en el cual se mezclaban los estamentos, edades y sexos (De Courcelles y Val Julián). Es a este público que se dirigían los nuevos géneros tipográficos que ligaban una fórmula editorial -el pliego suelto- y un repertorio textual en versos o prosa (Infantes, 1998). La forma del pliego o del plecs, se define como una hoja de papel doblada dos veces -es decir, ocho páginas en el formato en 4°. En una jornada de trabajo, una prensa podía imprimir entre 1. 250 y 1.500 ejemplares de un pliego. Así ajustada a las estructuras de la imprenta española que contaba muchos talleres que no disponían más que de una prensa, la fórmula del pliego (que podía ampliarse hasta cuatro hojas de imprenta, sea treinta y dos páginas) imponía la elección de los textos cuya circulación podía asegurar. Tenían que ser breves, susceptibles de gran difusión y pertenecer a géneros “populares” en el doble sentido, social y comercial, de la palabra. De ahí, en los siglos XVI y XVII las preferencias para el repertorio poético tradicional (Rodríguez-Moñino, Escobedo, García de Enterría, 1973), las relaciones de sucesos cuya producción anual se incrementó fuertemente a partir de la última década del siglo XVI (Agulló y Cobo), o las comedias sueltas (Moll). La amplia difusión de los pliegos permitió la presencia del escrito impreso en la cultura de lo cotidiano -aún para los analfabetos o mal alfabetizados. El pliego poético, por ejemplo, fue un objeto utilizado para el aprendizaje de la lectura tal como lo fue la cartilla a la cual se refiere el diálogo entre Peribañez y Casilda en la comedia de Lope: “Amar y honrar su marido / es letra deste abecé, / sieno buena por la B, / que es todo el bien que te pido.” (McGrady, 29-32, Infantes, 1995).

Al crear un nuevo público gracias a la circulación de los textos en todos los estamentos sociales, los pliegos sueltos contribuyeron a la construcción de la división entre el “vulgo” y el “discreto lector”. Ciertamente es que la categoría de “vulgo” no designaba, ni inmediatamente ni exclusivamente, a un público “popular” en el sentido estrictamente social del término (Riley). Mediante una dicotomía retórica que encontró su expresión más contundente en la fórmula del doble prólogo, lo importante era descalificar a los lectores (o espectadores) desprovistos de juicio estético y competencia literaria. En 1599, Mateo Alemán opone así en los dos prólogos del Guzmán el “vulgo” y el “discreto”. Dirigiéndose al primero declara: “No quiero gozar el privilegio de tus honras ni la franqueza de tus lisonjas, cuando con ello quieras honrarme, que la alabanza del malo es vergonzosa. Quiero más la reprehensión del bueno, por serlo el fin con que la hace, que tu estimación depravada, pues forzoso ha de ser mala”, mientras que pensando en el segundo dice: “No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas: pues ni le desvanece la elocuencia de palabras ni lo tuerce la fuerza de oración a más de lo justo, ni estriba su felicidad en que le capte la benevolencia. A su corrección me allano, su amparo pido y su defensa me encomiendo” (Rico 1983). Pero en el siglo de Oro, el “vulgo” constituía el principal mercado tanto para los textos representados sobre las tablas (ya que como dijo Lope a propósito de las comedias: “porque las paga el vulgo, Es justo / hablarle en necio para darle gusto”) (Rozas) como para los romances, coplas y relaciones los pliegos impresos vendidos por los ciegos (Botrel). La existencia postulada y comprobada de ese “vulgo” como amplio público gobernaba las estrategias de la escritura y también las decisiones editoriales de los impresores y librerías.

Entre 1480 y 1680, la construcción de nueva figura del lector se remitió a una paradoja. Los lectores letrados y doctos, que acogieron las nuevas obras y las nuevas técnicas intelectuales, se quedaron fieles a los objetos manuscritos y las prácticas de la oralidad. Al revés, los lectores “populares”, que no pertenecían al

mundo de los humanistas y que participaban plenamente en una cultura tradicional oral, visual y gestual, fueron constituido como el público al quien se dirigieron las innovaciones editoriales. Este quiasmo fundamenta la ambigüedad de la “modernidad” de los lectores del siglo de Oro ya que es una “modernidad” que, en maneras diversas, siempre enlaza herencias y novedades.



SERIE CUADERNOS DE IDEAS

- 1 Capitalismo y Socialismo
Franz J. Hinkelammert
Teorías de la Comunicación
Jesús Martín-Barbero
- 2 Epifanía de la episteme moderna. El discurso religioso
Alejandro Moreno
- 3 Los pobladores de Santiago en su fase de incorporación a la vida política nacional, 1952-1964
Manuel Loyola
- 4 Cultura
Cristián Parker
- 5 Globalización Mundialización
Antonio Elizalde
- 6 Filosofía de la liberación
Enrique Dussel
- 7 Epistemología y pre-comprensión de la experiencia socio-histórica I. Una visión de conjunto
Ricardo Salas Astraín
- 8 Epistemología y pre-comprensión de la experiencia socio-histórica I. Comte, Mill, Dilthey, Marx, Husserl. Breves textos
Ricardo Salas Astraín
- 9 La historia entre relato y conocimiento
El concepto del lector moderno
Roger Chartier